

cantilismo sin bandera, sobre el cosmopolitismo sin cultura, sobre el arte sin raza, sobre la técnica sin contenido humano, sobre este encanallamiento en que ahora vivimos, un ideal que no trabara el desenvolvimiento de cada personalidad, pero que subordinara nuestro efímero cuerpo de carne a las armonías de una América nueva y de una Argentina nueva, con el decoro de su propia estirpe y con los atributos de una cultura integral.

Los cambios dramáticos que constituyen la historia, nacen, precisamente de las nuevas formas de pensamiento, de sentimiento, o de acción que las generaciones nuevas traen a la vida. Por eso interesa saber si el ciclo anterior tiende ya a cerrarse y si ha llegado una nueva generación argentina distinta de las otras, no por la edad, sino por el contenido espiritual preñado de nuevas realidades futuras. Las generaciones de la simple cronología no cuentan en la historia. Se dice que una nueva generación ha llegado, cuando, por una suerte de intuición mística, se advierte que del fondo altísimo de las estrellas han descendido miríadas de almas nuevas para poblar el mundo.

Ahora bien, ciudadanos: yo afirmo que una nueva generación espiritual ha llegado para entrar en la historia argentina.

Ser hombre de esta nueva generación significa poder señalar, con serenidad reflexiva, los males de nuestro tiempo; significa poder censurarlos con libertad moral, porque no se ha sido cómplice de esos males; significa poder transmutar el propio descontento en voluntad creadora, no en pesimismo estéril; significa poder concebir un ideal concreto de cosas mejores y poder realizarlo en fraternidad con otras almas; significa poder superar la agitación demagógica, que sólo sabe destruir, por la disciplina intelectual, que sabe crear; significa, finalmente, poder unir, como al hueso del muñón la pluma del vuelo, a la voluntad varonil del trabajo, el ala de la esperanza.

La sensación patética de lo que constituye el advenimiento de una nueva generación, la tuvo nuestro país en 1837, cuando frente a la tiranía de Rosas y a sus trece tenientes bárbaros y a sus legisladores serviles y a sus plebes embrutecidas, siete jóvenes poetas se reunieron para realizar nuevos ideales. No tenían abolengo, ni tierras, ni títulos, cuando se iniciaron en la empresa. El renombre les vino con las obras y, en premio de sus continuos trabajos porque supieron soñar y persistir, suyas fueron más tarde las bandas presidenciales y los laureles de la gloria. Hostigados al comienzo por el hambre, la proscripción y la muerte, esas siete almas vencieron al crimen, superaron la realidad por el

pensamiento, crearon una nueva realidad, y así sus siete almas ardidas de santo ideal, resplandecen en la sombra de aquel tiempo como siete antorchas encendidas en los caminos de la noche.

Afirmo que una nueva generación ha llegado y presiento que cambios fundamentales prepáranse en nuestro destino, porque descubro en el alma de nuestros jóvenes una gran inquietud. Pero esa inquietud no basta como fuerza creadora. Es necesario conocer con disciplina intelectual los valores del pasado; es necesario definir con honestidad moral el desacuerdo con las cosas del presente; es necesario dar con claridad concreta y previsoramente el programa del porvenir. Por eso la juventud debe estudiar la historia de nuestro país; saber cuánto nos ha costado crear lo que tenemos; analizarse a sí misma para saber si está en condiciones de reemplazar con ventaja lo que ella combata. ¡Tremenda responsabilidad la suya, y formidable problema el suyo, puesto que va a continuar una obra de titanes y le toca resolver su propia ecuación en este momento trágico de la historia humana, cuando las ideas se turban entre la gran crisis que conmueve a la civilización universal y la crisis interna que amenaza los cimientos de la civilización argentina! Hace mucho tiempo que, desde la soledad de mi atalaya, oteando hacia el oriente anuncié que habría de llegar una generación inquietada por el sentimiento de estos problemas y poseída por la conciencia de estos deberes. Esa generación está en las universidades; está en los ateneos, está en los cenáculos ignorados, está en las revistas juveniles, está en las redacciones de los grandes diarios, está en la populosa muchedumbre de los partidos, y como la generación de 1837 en vísperas de la gloria, siente la exaltación de una futura empresa. No ha sabido aún definirse del todo, ni hallar sus guías, ni crear el vínculo de la asociación necesaria; se agita todavía en los espasmos de la negación y de la crítica, pero veo en ello el signo del milagro nuevo, el balbuceo del nuevo mensaje. En época tan desesperada como ésta en que le ha tocado llegar, ante las fuerzas desprestigiadas de la política y entre el derrumbamiento de tantos credos filosóficos, cede con facilidad a sugerencias de ejemplos europeos, sin advertir que el cable y la prensa son hoy medios para inventar efímeras escuelas estéticas o para forjar una héroe de cualquier aventurero. Así la vemos vacilar entre el futurismo y el ultraísmo, o entre el bolsevismo y el fascismo, por mera sugestión cotidiana. Mas, entre estos fugaces perfiles, descubro hombres de acción que quieren más justicia para el trabajo en la vida y hombres de

contemplación que buscan nuevos moldes para la belleza en la patria. Aquí están esos hombres jóvenes; los veo en esta misma mesa: futuros políticos que ansían remodelar la sociedad en las normas de una más alta justicia, y artistas líricos o plásticos, animados por un ideal que las generaciones anteriores no sintieron, puesto que quieren crear—músicos, poetas, arquitectos, escultores y pintores—con los medios de la técnica universal, una nueva belleza americana. Estos son los heraldos del nuevo tiempo, en quienes bulle el secreto trabajo de las almas que vienen por el aire para la realización de los ideales estéticos o que van por la tierra para la realización de los ideales políticos.

Si yo escribí la *Historia* que celebráis, si yo volví los ojos al pasado, no fué para dar la espalda al porvenir, como se ha dicho maliciosamente alguna vez. Volví los ojos al pasado, para saber lo que somos y de dónde venimos, forjando así un ideal con la substancia de nuestra propia historia. Me hice historiador, porque la historia es, en las naciones modernas, la forma renovada de la epopeya: eterna fragua de los mitos creadores. Cuando la nave puede ir sin extraviarse por el mar anchuroso—agua movable y sin senderos,—lo puede porque tiene una estrella que la guía y una carta del derrotero, donde la línea que marca el punto adónde va, se determina a sí misma por el punto de dónde viene.

Concluído aquel esfuerzo de diez años, digo allí que lo realicé buscando prestar un servicio a los argentinos que vendrían después de nosotros, para que pudieran definir más fácilmente el ser colectivo de nuestra patria y su posición individual dentro de ella; para que conocieran las fuerzas tradicionales que habían elaborado en varios siglos nuestra cultura; para que no entraran desorientados en la vida, como entró mi generación, en la que hasta los más selectos espíritus anduvieron como tentando el camino en la obscuridad; y allí digo, en fin, que el libro todo ha sido escrito para el poeta argentino que esperamos, para el que habrá de venir, para el que habrá de condensar en su propio genio las energías dispersas que dolorosamente realizaron las generaciones anteriores, a fin de ir sacando la patria de la barbarie.

A ese poeta que habrá de venir, a ese, lo llamo allí, con mayúscula, *El Esperado*.

Como resumen simbólico de las emociones de esta noche, como agradecimiento a las instituciones que me ofrecen este homenaje, como interpretación del sentimiento que anima a todos cuantos aquí me escuchan, brindando, señores, por *El Esperado*.